

# **Manual del Caballero Rosacruz**

## **Aldo Lavagnini - Magister**

**012**

### **LA SANGRE DEL PELICANO**

Entramos al acto final del drama místico: sobre la cumbre del Gólgota (el lugar del cráneo), la piedra cúbica se ha abierto en la cruz, floreciendo y desplegándose, en la intersección de los brazos de ésta, la rosa de la Divina Verdad. La fuerza sutil, escondida en el propio corazón de la piedra, al abrirse ésta ha sido elevada como Hijo del Hombre, sobre la Tau, que es a la vez el Árbol de la Vida y el recto sendero vertical, o sea, la escalera que se apoya en la tierra y sube interiormente hasta el cielo de la Realidad Suprema, en donde no hay vacío, sino Dei Gloria intacta.

El mundo de la apariencia ha desaparecido momentáneamente, con esa muerte mística de la personalidad ilusoria, y la Eterna Verdad brilla con todo su resplandor divino, trascendiendo todas las condiciones limitadas del tiempo y del espacio: aquí y ahora, o sea, en la propia intersección de los dos brazos de la cruz que simbolizan esas limitaciones, se ha manifestado en su plenitud, el sentido de lo divino, como la Rosa que ha nacido en la Cruz.

Al abrirse el corazón de la Vida Eterna, se rasga el Velo del Templo: cae por completo la ilusión, destruyéndose su poder, y el sentido de la omnisciencia y omnipotencia, se expresa en un temblor que hace agitar toda la tierra, mientras difúndase la verdadera luz en el medio de las completas tiniebla de los sentidos.

¿No demuestra el hombre en la cruz, en esa suprema experiencia, ser verdaderamente el hijo de Dios? Toda duda se desvanece, y al mismo tiempo desaparece todo sentido de comparativa impotencia. ¿No está en ese momento, el hombre sentado a la derecha del Padre, partícipe de su Sabiduría y Poder, e intérprete consciente de su voluntad, en la Gran Obra de la Creación, restaurando todas las cosas de acuerdo con los Planes Divinos de su perfecto cumplimiento?



La sangre purísima de la Vida Divina, esa sangre incorruptible de la Eternidad, que derrama el Cordero de Dios en toda forma de vida y existencia manifiestas, es igualmente la Piedra Filosofal, que tiene el poder soberano de transmutar y ennoblecer todos los metales y los elementos, y también la Panacea Universal, o sea, el remedio de todo mal, el bálsamo de toda herida, dolencia y dolor.

Aquella sangre es precisamente la que ahora brota de adentro en el propio corazón regenerado por la Virtud, manifestándose como el Amor que es poder y el poder que es Amor. Eso representa alegóricamente el pelícano, que abriéndose el pecho con su propio pico **-el discernimiento de la Divina Verdad-** de esta manera alimenta a sus hijuelos: facultades o poderes activos que sirven para expresarle, como las siete luces del candelero, simbólicas de las siete virtudes y de los siete dones del Espíritu Santo, que de tal manera se encienden.

Ese pelícano es así la imagen viviente de la Sabiduría que se expresa por medio del Amor, o sea, la voluntad activa del Bien, iluminada por el discernimiento más claro, más profundo y más elevado de la Divina Verdad. Pues, si la Fe y la Esperanza, son las dos luces o facultades gemelas que nos guían e iluminan sobre el Camino de la Verdad, ni ésta ni aquéllas pueden hacerse completas y ser fecundas en sus resultados, sin el Amor que se hace manifiesto como Caridad, en el sentido más noble de esta palabra.

La caridad iluminada del Iniciado, es pues, algo muy distinto de todos aquellos esfuerzos piadosos que, descansando en la ilusión, contribuyen muchas veces en acrecer y hacer crónicos aquellos males que buscan remediar. Es la caridad clarividente que busca y discierne la raíz y origen del mal en el propio corazón, y de esta manera contribuye en aliviado de una manera efectiva, duradera y permanente, acercando así la llegada del Reino: la caridad verdadera de que nos dio el ejemplo más luminoso el Maestro Galileo, quien no fue precisamente un dador de limosnas, aun cuando todos sus actos, palabras y pensamientos fueran inspirados por el Amor.